

LA NOCHE INMÓVIL

Isaac Castro

LA NOCHE INMÓVIL

EL 8vo. LOCO
EDICIONES

el8vo.loco@gmail.com
fb:/el8voloco
www.el8voloco.com.ar

Imagen de tapa: *Abrochadora MIT*, Aimé Pastorino. Objeto, acrílico sobre madera, 6 x 9 x 19 cms., 2009. Reproducida con la amable autorización de la artista.

Este libro puede leerse y descargarse de manera gratuita de: www.el8voloco.com.ar

Se terminó de imprimir en
Bonus Print, Luna 261, CABA
en el mes de junio de 2016

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

A mis viejos.

La tarde se encuentra en trance, como si acaso no pudiera decidir el color del crepúsculo. El ambiente está pesado, húmedo. Los días feriados, lejos de ser jornadas de conmemoración o festejo, para la gente son fechas rojas del almanaque, que comienzan a repetirse sin disfrute, como casi todas las cosas de la vida. Para las familias de ese barrio es común el hacinamiento, la falta de privacidad, la cotidianidad sin lujos ni comodidades. Las viviendas son humildes, están sin terminarse, y sus pisos son de cemento o, con suerte, tienen alguna mano de pintura barata. La gente trascurre su

tiempo sin hacerse demasiadas preguntas.

Mentira sale de la casa de un amigo. En el portón levanta su brazo derecho y balbucea algo. Entonces se sube a su moto, y justo en el instante en que pisa con fuerza para encender el motor, oye las sirenas. Inmediatamente, intuye que ese sonido atronador tiene que ver con su casa, con su familia. Por alguna razón sabe, está seguro de que debe seguir el rastro del eco que se empieza a perder y que su corazonada afirma que se conecta con él y que tiene que apurarse porque algo pasó, algo pasa. Y es urgente.

Decide ir por atrás y esquivar la ruta. Piensa que como es feriado tal vez haya mucho tránsito. Pasa por el parque municipal y ve que está lleno de gente. En medio de la multitud puede percibir que chicos se trepan a las ha-

macas, mujeres conversan a los gritos y hombres corren detrás de una pelota con más entusiasmo que talento. También percibe el griterío de la muchedumbre y observa cómo debajo de los quinchos, al lado de la cancha de bochas, hay una larga hilera de mesas donde seguro juegan al truco por plata. Cuando Mentira llega al paso a nivel, por un instante contempla el cielo rojo de la tarde y respira profundo el aire que en esa parte de la ciudad parece ser más limpio. Casi puede olvidarse el motivo que lo lleva a impacientarse y considerar la posibilidad de cruzar con las barreras bajas. Y mientras se arrepiente, ve pasar a toda velocidad una ambulancia y ya se le disipan las dudas. Esa camioneta blanca con el desesperante y escandaloso sonido de las sirenas va para su barrio. Mentira acelera, ya ni siquiera por confirmar

su fatal presentimiento, sino porque necesita saber cómo pasó, si es lo que piensa, si finalmente se acabó todo.

Se encuentran en un café. Ella es alta, radiante, hermosa. A lo lejos se nota que proviene de una familia acomodada, que nunca pasó necesidades y que está muy por encima de las mujeres a las que él podría aspirar. Vive en zona norte y estudia derecho. Se llama Graciela y conoció a Mentira por casualidad, un domingo en que fue a visitar a unos parientes que tiene por Bernal. Ese día, una prima le contó que se estaba viendo con un muchacho, y que justo esa misma noche organizaba un baile. Graciela fue poco convencida, se sentó en un rincón y trató de disimular vanamente su incomodidad, la poca gracia que le hacía estar en un lugar al que, claro, no pertenecía en lo

más mínimo. Sin embargo, todo cambió cuando Mentira se puso a hablarle, y comenzó su despliegue de hazañas incomprobables y mitos urbanos. Había algo en él, quizá en sus ojos, quizá en el convencimiento con que contaba hasta la historia más inverosímil, que la atraía. De algún modo, Mentira consiguió el teléfono de Graciela, la llamó a la semana, y después de insistir, empezaron a verse por Palermo, cerca de la Facultad de Derecho, adonde Mentira llegaba luego de un tren y dos colectivos o caminar dieciocho cuadras en las ocasiones en que no tenía dinero.

Mentira pide un cortado, Graciela una lágrima y le dice, sin rodeos, lo que vino a decirle. Le cuenta que a su padre, el teniente coronel Lucio Verón, lo trasladaron a Tucumán, que toda la familia debe irse con él y que ella continuaría sus estudios allá. Mentira no

puede creerlo. En el fondo sabía que una relación con alguien de una realidad tan distinta a la suya nunca llegaría muy lejos pero jamás pensó que se acabaría tan pronto. Graciela, que está enamorada y que sí imaginó un futuro junto a Mentira, llora, le toma las manos y espera que él hable, que rompa ese silencio. Pero él se queda sin palabras, sabe que debe hablar, tranquilizarla, es experto en eso. Así que Mentira, al fin, habla, la tranquiliza y ella sonríe. Le dice que lo quiere pero que no puede hacer nada. Y allí, sin pensarlo mucho, él le propone algo que podría solucionar todo. Graciela piensa que es una locura, un sacrificio demasiado grande. Mentira llama al mozo, pide la cuenta y da por concluida la conversación. Va a irse a vivir a Tucumán y una vez instalado allí verá qué hacer.

Viene de Paraná apenas con un bolso y la dirección de una prima que vive en Haedo. En la mano lleva un mapa anotado que le explica cómo llegar. A los pocos días, por intermedio de unos conocidos, consigue trabajo como cocinera en la casa de unos doctores. Las primeras semanas son un desastre: nada le sale bien, todo se le quema o se le pasa. Pero los patrones no la reprenden. Son buena gente y además saben que ella es chica, que está aprendiendo, que casi la mandaron a Buenos Aires a la fuerza porque allá estaban pasando hambre. Con el tiempo, Soledad, adquiere cierta destreza. Maneja a la perfección los tiempos de cocción, prueba platos nuevos y hasta se hace cargo de ir ella misma a comprar al mercado. Sus jefes la tratan como si fuera alguien de la familia. Lo que siente, pese a que no pase ninguna no-

che en que no extrañe hasta las lágrimas su pueblo, es algo muy parecido a la felicidad. Los fines de semana va a visitar a su prima, quien la lleva a conocer el centro y comprarse ropa. Con su sueldo le alcanza para darse algún que otro gusto, mandar una parte a sus padres y ahorrar el resto que le sobra. Según sus cuentas, de seguir así, en unos pocos años más podrá comprarse un terreno en alguna parte.

Un domingo lluvioso mientras vuelve para su trabajo en Haedo, siente la mirada de un hombre vestido de soldado. El peso de esos ojos fijos sobre ella es insoportable, entonces Soledad se detiene e increpa al hombre. Le pregunta si necesita algo. Él le dice que no, que sólo la mira por lo linda que es y, luego de juntar coraje, le pregunta si tiene novio. Soledad no puede disimular su vergüenza. Se ruboriza en

cuestión de segundos y mira el suelo. Es la primera vez que, además de su patrón, su padre y sus hermanos, un hombre le habla. Él le dice que el sábado próximo tiene licencia, que si le parece se pueden encontrar ahí mismo, en la plaza frente a la estación. Soledad se queda en silencio y se arrepiente de haberle hablado ella primero, de ser la provocadora de semejante situación. Entonces apura el paso y aunque debe tomar algún colectivo que la acerque al trabajo, decide irse a pie, bajo la lluvia torrencial y los relámpagos que aclaran la noche incipiente.

Por la ruta y abstraído de los demás autos que vuelven de lugares inciertos, Mentira se demora. No hay atajos hasta su casa pero de algún modo esa tardanza lo reconforta. Lo que segundos antes era ansiedad e incertidumbre,

ahora se vuelve una suerte de descanso para su cerebro que no para de hacer conjeturas, de proyectar desenlaces, de imaginar lo que siempre imagina. Delante de él hay un auto familiar, en el vidrio de la parte trasera unos nenes soplan e intentan escribir. Pero el parabrisas no está lo suficientemente empañado. Mentira se distrae e intenta adivinar cuál es la leyenda que pretenden trazar esos chicos. La bocina de un camión lo devuelve a la realidad y avanza. No está a muchas cuadras de su barrio pero sabe que para llegar va a tardar más de la cuenta. Cuando por fin el tránsito se agiliza, Mentira advierte que unos metros más adelante hay un control policial. No recuerda si lleva consigo los papeles de la moto, sí sabe, por suerte, que tiene su documento nacional de identidad. El control detiene rodados al azar. Son tiem-

pos de suma vigilancia, de exagerada cautela. El oficial, robusto y de gruesos bigotes, hace un gesto para que Mentira se tire a la banquina. Le pide las credenciales correspondientes. Para su fortuna, con lo que tiene alcanza para que lo dejen seguir. Sin embargo, mientras mira el documento, el policía frunce el ceño y le pregunta si tiene algo que ver con Luis Gutiérrez. Mentira dice que sí, que esa persona es su padre. Como está acostumbrado a que la gente lo reconozca por él, el dato no le llama la atención. Pero el policía se pone nervioso, mira a los costados y le dice que se apure, que algo había pasado en su casa. Que los bomberos fueron para allá y que también fue una ambulancia. Mentira le agradece y ahora sí, todo se le pone en blanco y un silencio ensordecedor hace que se olvide de los demás autos, los semáforos,

los locales que venden repuestos, los árboles, las personas que cruzan por cualquier lado. Mentira, ciego, acelera todo lo que puede. Tiene que llegar ya, ahora, en este preciso momento. Dobla en la calle Zapiola, antes del puente, y a tres cuadras de llegar, puede advertir la gente amontonada, los bomberos, la ambulancia, un patrullero. La moto despide humo, el motor falla hasta que al fin se detiene. Entonces, Mentira la deja tirada en medio de la calle y empieza a correr.

Hace un mes que se fue. La extraña horrores. Por eso piensa tomar del cuello al tasador que tarda una eternidad en decir cuánto dinero le dará por el reloj pulsera que llevó a vender. La oferta no es buena, es más, sabe que lo está estafando. Pero esa suma, junto a lo que tiene guardado de los regalos

de las chicas del club de Bella Vista, le alcanza para el pasaje y alquilar alguna pieza por un par de días. De allí mismo parte hacia la estación Retiro. Pregunta por el primer micro que sale a Tucumán. Paga el boleto y se sienta a esperar. No lleva mucho. Tampoco se tomó el trabajo de avisar en su casa que se iba. Por el altoparlante anuncian la partida del ómnibus. Mentira está tranquilo y seguro de lo que decidió. Al fin y al cabo, Graciela es una de las pocas cosas buenas que tiene su vida. Piensa que vale la pena ir hasta allá, a esa provincia lejana, con tal de estar cerca de ella. Ni bien se acomoda en el asiento, Mentira se queda dormido. Cuando abre los ojos, ya en la entrada al valle, luego de recorrer cientos de kilómetros, contempla con asombro las montañas. El paisaje es hermoso. Cuando el micro llega, abandona la

terminal un tanto confundido y hambriento. En cada esquina hay soldados exhibiendo sus fusiles que, bajo el sol, relucen como si fueran esculturas de metal. Mentira camina por la avenida principal y cuando encuentra un bar se detiene a comer algo. Una vez aliviado su estómago, vuelve a su marcha hasta que en una casa lee un cartel que dice que se alquilan piezas. Toca el timbre y lo atiende una señora gorda con un vestido violeta. Le pregunta si es estudiante. Mentira dice que sí y antes de que la propietaria de la pensión siga indagando, saca el dinero de su billetera. Tiene para una semana. Para comer debe rebuscársela. Pero no le importa mucho, está demasiado acostumbrado a improvisar, a hacer equilibrio y jugar con resultados en contra.

La señora lo deja pasar. Mentira arroja sus cosas sobre la cama. El cuarto es

pequeño. Tiene una ventana que da a una calle cortada. Encima de la estufa hay una radio colgada de un alambre y a su costado un viejo afiche con la imagen borrosa de un cantante de tangos, Floreal Ruiz, aunque Mentira confunde con Julio Sosa. Siempre le llamó la atención ese artista que, justo antes de fallecer, presentándose en un programa televisivo, cantó una canción cuya letra anticipaba su muerte trágica en un accidente automovilístico.

Aún no sabe de dónde sacó la valentía para venir a la plaza frente a la estación. Es sábado y los chicos parecen hormigas. Soledad se pone una prenda nueva, de esas que le recomienda su prima. Se pregunta si el soldado irá. Porque ella nunca aceptó la invitación, apenas atinó a irse rápidamente. Pero detrás del hombre que vende globos,

al lado del carro que fabrica copos de nieve rosa, nota que llega él, esta vez sin el uniforme. Soledad se permite pensar que es atractivo, que le gusta, que quizás, incluso, le gustaría besarlo. Se saludan, él le dice que se llama Luis Gutiérrez, que es de Santa Fé y que en unos meses más le van a dar de baja luego de pasar un año y medio haciendo la instrucción militar. A soledad le agrada esta información ya que nunca se pensó a ella misma junto a un soldado. La pareja camina alrededor de la plaza y se sienta en un banco. Ambos tienen muchas cosas en común y varios sueños parecidos: tener casa propia, formar una familia, volver a su pueblo cada tanto. En algún momento se besan y quedan en verse la semana próxima. Exactamente un año después, van a estar viviendo juntos, en la casa de Haedo donde Soledad es

cocinera. Luis se dedica un tiempo a trabajar en una fábrica de vidrios pero luego consigue empleo en gas del estado. Allí, comienza como ayudante, realiza horas extras, colabora con todos y se hace amigo de las personas indicadas. Más adelante lo nombran encargado de seguridad. Trabaja de lunes a sábado, se levanta cuando todavía no aclaró y llega a la casa de los doctores cerca de la medianoche con un compañero que lo acerca porque vive camino hacía allí. Al tiempo, nace su primer hijo, Gustavo, quien ni bien empieza a hablar desarrolla una gran habilidad para narrar sucesos fantásticos. No pasa mucho tiempo para que comiencen a llamarlo Mentira.

Pasa entre la gente. Todos le hablan pero él no oye nada. Ve a su madre sentada con un enfermero que le está

tomando la presión, quiere hablarle pero en ese instante aparece su hermana llorando desconsoladamente. Mentira la abraza y le pide que se calme. Siente cómo las lágrimas se le pegan al pecho y aunque quiere preguntar, se queda en silencio. Es que de algún modo Mentira ya sabe lo que pasó. Ahora lo que importa es consolar a Dolores, decirle algo para que su llanto se interrumpa. Pero ante cada sílaba, su hermana recrudece el torrente de lágrimas. Mentira recuerda aquella mañana en que ella encontró una araña en el baño. Cuando le preguntó qué le había pasado, Dolores le dijo que había un monstruo gigante viviendo en el botiquín del baño. Mentira le explicó que en realidad no era tal cosa, que pese a tener seis patas se trataba de una mariposa que, por el conjuro de una bruja, había adquirido esa forma. Dolores le

creyó de inmediato, pero ahora es demasiado grande como decirle algo así.

Un policía le pregunta si no sabe dónde está el hermano, Mentira dice que no. El oficial, sin embargo, no le cree y le recomienda que hable, porque si no a él también lo van a meter preso. En eso, un bombero ingresa con una camilla y Mentira, desde el comedor, espía la entrada de su casa. Nota que todo el barrio se dio cita en la puerta. Entre ese cúmulo de rostros distingue a Bebe y a Palo. Todos le hablan a la vez, el policía sigue preguntándole por su hermano, Víctor. Es allí cuando Mentira mira el pasillo que va hasta donde están los cuartos y nota el charco de sangre que sale de la pieza de su madre. Curiosamente, el líquido es más oscuro que rojo y se desparrama por la línea de la unión de las baldosas hasta la estatuilla de yeso que, con una

vela, desde el piso, alumbra la pared que está al lado de la cómoda.

Con las manos entrelazadas debajo de su nunca, mira el techo, cuenta las telarañas y piensa en sus hermanos. Lo que siente es culpa, pero Mentira piensa que los extraña. Allá, en Buenos Aires, quedaron Víctor y Dolores. Por un instante lo invade un sentimiento de impotencia porque una parte de él sabe que, de algún modo, lo que hizo tiene algo de cobardía. En alguna parte sabe también que, pese a querer a Graciela, haber dejado todo e irse a Tucumán tiene que ver más con el deseo de abandonar esa casa, olvidar por un tiempo los gritos de su padre, el olor a alcohol, las noches en que vuelve quién sabe de dónde y comienza a romper todo. Mentira, de repente, comienza a llorar. Hace tiempo que no lo hace. Saborea

la sal que cae por la comisura de sus labios y el gusto le resulta extraño. El llanto y la angustia aumentan. Algo en el pecho parece estallarle. Se le viene a la mente el rostro de su madre, los ojos de sus hermanos siendo niños, frente al espectáculo de la golpiza porque sí. Mentira teme por ellos, que quedaron solos. Su padre está yendo poco, es cierto. Pero no vaya ser que alguna noche aparezca de repente y le agarre la locura y empiece de nuevo. Sabe que Víctor está grande y ya puede defender a su madre y a su hermana. Sin embargo, esa posibilidad también lo asusta porque no sabe qué sentimientos engendra su hermano más chico. Mentira, tuvo el privilegio de vivir con su padre antes de que conociera a la otra mujer y de que comience a volver cada más tarde. Cuando Luis Gutiérrez empezó a pegarle a su ma-

dre, Soledad, Mentira estaba todo el tiempo en la calle, persiguiendo chicas o desarrollando métodos que le dieran la posibilidad de ganar dinero sin esforzarse demasiado. Por eso cuando su amigo Palo le contó que en un club de Bella Vista necesitaban personal administrativo, Mentira acudió inmediatamente con unas recomendaciones que escribió él mismo mientras viajaba hacia la entrevista. Una vez en la oficina del director, Mentira utilizó su oficio de encantar serpientes, de decir justo lo que el otro quiere escuchar, y se quedó con el puesto de responsable administrativo. Eran pocas horas y, tal como él quería, la tarea no demandaba esfuerzo alguno, apenas revisar unos papeles de vez en cuando y escribir datos de los socios nuevos. Lo bueno fue que allí podía hacer grandes contactos y, por supuesto, enamorar muje-

res de todas las edades, formas, colores y religiones habidas y por haber.

La tristeza de Mentira comienza a desvanecerse y se queda dormido. No sueña con nada en particular. Permanece acostado cerca de una hora hasta que la dueña de la pensión golpea la puerta y lo despierta abruptamente. A los gritos, le informa que si quiere cenar allí, ella cocina platos económicos para los estudiantes. Pero Mentira no le presta atención, sabe que tiene que cambiarse, lavarse la cara e ir a buscar a Graciela.

Cuando nace Gustavo, y si bien los patrones de Soledad no tienen problemas en que ella críe a su hijo allí, en la casa de Haedo, Luis Gutiérrez entiende que es hora de irse. Está ganando bien y sabe que le irá mejor. Habla con su mujer, hacen cuentas y con los

ahorros de ella compran un terreno en Santa Brígida. Es la cuarta casa del barrio. Hay una quinta en frente y dos más, alejadas, casi por donde, dicen, alguna vez llegará el tren. No hay nada cerca, los colectivos pasan por la ruta a unas veinte cuadras. Cuando llueve, esas calles se inundan; si la tormenta se prolonga, hay que tener cuidado porque el dique suele desbordarse. Pero para ellos ese es lugar más lindo del mundo porque es suyo, tienen la escritura de la propiedad y allí pueden formar su familia. El encadenado de la casa lo hacen en el lote dos de la avenida nueve que después pasa a llamarse Almirante Brown para terminar siendo Azcuénaga. Luis Gutiérrez, Soledad y el pequeño Gustavo se mudan ni bien levantan cuatro paredes y ponen un par de chapas como techo. El primer invierno es muy duro. No

hay estufa ni pantalla de gas ni bracero que sea suficiente para apaciguar el frío del descampado. Cuando amanece, todo alrededor se pone blanco por la helada, y el rocío es tan espeso que parece humo. Pero para el otro año, Luis Gutiérrez es ascendido, mejoran sus ingresos y pueden construir una edificación más sólida. Ese mismo año comienza a poblarse Santa Brígida y ya no hay sólo un par de quintas, sino varias viviendas, casi todas humildes, que comienzan a multiplicarse a medida que van llegando familias del interior. Luis Gutiérrez comienza a ganar reputación y fama de buen vecino, ayudando en cuanta obra hubiera y organizando grandes asados, incluso a costa de perder dinero, ya que, acaso como toda persona que pasó necesidades, tiene un gran afán de recompensa, de consumir y gastar por todo lo que

alguna vez no se pudo. Por eso aprovecha cada segundo de su tiempo para concretar las cosas, algunas de las más elementales, que en Santa Fé, cuando era chico, eran impensadas.

Fue por ese entonces que Soledad queda embarazada de Víctor. Cuando los amigos le preguntan a Gustavo si va a tener un hermano, él les dice que no, que no es su mamá la que tiene panza, que en realidad se trata de una iguana gigante que está en lugar de ella y tomó su forma mediante un complejo dispositivo que le permite imitar la apariencia humana.

Al llegar a la pieza de su madre, luego de esquivar el charco con la sangre aun seca, lo primero que lo asombra es ver a su padre con los ojos bien abiertos, duros, tirado en el suelo, con el cuchillo todavía clavado en el estómago.

La herida es profunda, llega hasta la mitad del mango, y allí nace el grueso líquido pastoso que se proyecta como una vertiente. Luis Gutiérrez está con el torso desnudo, un pantalón de vestir marrón y descalzo. Cerca de él está el cinturón con el que, conjetura Mentira, le habrá estado pegando a su madre. Lo que llama poderosamente su atención es el orden de las cosas. Porque la cama está hecha, la mesa de luz tiene todos los portaretratos en orden, y la ropa encima de la silla que Soledad siempre apila permanece intacta. No ve signos de violencia y eso lo confunde un poco. Un oficial se acerca a hablarle, pero Mentira apenas percibe el mismo sonido que uno oye cuando está debajo del agua.

Ahora está allí, frente a un cuadro que imaginó infinitas veces. Pero siente que no es cierto, por eso se arrodi-

lla. Necesita verlo de cerca, tocarlo. Mentira esboza una especie de caricia y advierte que el cuerpo todavía está caliente. Mira el cuello enrojecido por la ingesta de alcohol, y percibe el olor a vino blanco mezclado con transpiración y sangre. La última vez que Mentira había estado tan cerca de un cadáver fue en la morgue de San Justo cuando se hizo pasar por el hermano de uno de los chicos del barrio al que había acompañado hasta allí para reconocer el cadáver de una tía extraviada. Sin embargo, esta vez todo era diferente, porque el que yacía muerto en el piso era su padre, el mismo que había sido guardia de honor en el cortejo fúnebre de Evita, que alguna vez le enseñó a manejar y le dijo que las mujeres eran todas fáciles. El mismo que cuando lo llevaba de vacaciones a Rosario, ni bien llegaba, ya borracho

por supuesto, iba hasta el cementerio y lo mandaba a comprar cientos de flores para poner en cada tumba que no tuviera nada.

Mentira rompe en llanto pero no experimenta dolor. La sensación es extraña. Una parte de él sabe que verlo a su padre así es justo, que incluso, tal vez, eso debió haber pasado mucho tiempo antes.

De repente, escucha una discusión y gira la cabeza y ve que entran Bebe y Palo quienes, sin decir nada, se arrojan al piso y lo abrazan. Mentira se siente aliviado porque, probablemente, esas sean las únicas dos personas, además de sus hermanos, que en verdad le importan y le resultan significativas. Mentira, entonces, cierra los ojos de su padre y se pone de pie y junto a sus amigos, va hacia la cocina. Necesita tomar algo.

Camina por algo que parece ser la calle principal. Según los datos que le dio Graciela debe tomar el colectivo de la línea dos, pero Mentira no puede darse el lujo de gastar en boletos, entonces camina. Cuando llega al barrio los portones, lo primero que piensa es que ricos hay en todas partes, que la ostentación, aunque en menor escala, se multiplica con mayor fidelidad que la pobreza. Por fin llega a la casa. Quizá porque Mentira se puso la mejor ropa que tiene, puede pasar inadvertido por todos los controles. La vivienda tiene dos plantas, una cochera para varios autos y pileta. A diferencia de los otros lugares, el hogar de Graciela no tiene ligustrina, si no unas modernas y largas rejas verdes. Toca el timbre y espera. Graciela le dice a sus padres que seguro es un compañero de la facultad que viene a pedirle prestado

unos apuntes. Cuando abre la puerta, Mentira recuerda lo hermosa que es, la armonía de su cuerpo, sus facciones perfectas. Ella lo abraza, le dice que lo extrañó mucho. Él asiente y recibe unas carpetas para que la coartada sea más creíble y no levantar sospechas, sobre todo ante su padre Lucio Verón, porque su madre, en cambio, suele ser bastante cómplice de sus actos. Y aunque jamás le habló de Mentira, Graciela intuye que no reprobará la relación, quizá no la aliente, pero al menos no le dirá las cosas que sí le dirá su padre desde su moral intachable, cristiana y patriota.

Quedan en verse en la cuadra de las facultades, por las afueras del centro, en la puerta de un bar llamado los ídolos. Cuando se encuentran allí, se besan. Sus bocas detienen el tiempo de la peatonal, de la gente que pasa apurada,

de los estudiantes cabizbajos siempre en grupos pequeños, de los patrulleros que vienen y van. Mentira absorbe el perfume de Graciela y recuerda la fragancia de una flor que a él le encantaba de chico. Graciela siente un escalofrío misterioso que la hace perder el control de su cuerpo escultural y la vuelve a convencer de que Mentira, aun siendo pobre, y estando en las antípodas de todo lo que su padre soñó para ella, es el hombre de su vida.

Entran a tomar algo, conversan, se ríen. Ella le cuenta lo bien que se adaptó a esa ciudad, los nuevos amigos que hizo, lo altas que están sus calificaciones. Mentira la escucha atento, no quiere perderse ningún detalle. Prefiere no hablar de él. Casi nunca lo hace. En cambio, se concentra en acumular cada información que le brinda Graciela. Retiene nombres, memoriza luga-

res, graba una a una las palabras que escucha. Sabe que no podrá pasar mucho tiempo allí, por eso está dispuesto a vivir cada instante como si fuera el último. Entonces salen del bar, van a la pensión donde un día antes se instaló Mentira, hacen el amor, y ya aliviados por la tranquilidad del goce, ambos se quedan dormidos.

Tiempo después de que nace Víctor, y sólo por la insistencia de Luis Gutiérrez que sí o sí quiere tener una hija, llega Dolores. Por esos días, Gustavo ya es conocido como Mentira y su reputación crece cada vez un poco más. Además de contar las mejores historias y ser un perfecto articulador de mitologías, es el primero de la cuadra que viaja al centro solo y el que siempre tiene dinero en los bolsillos. Mentira elabora el arte de la fábula, y siempre que

haya alguien que lo escuche, él cuenta algún relato. Los que lo conocen bien, saben que miente; pero como el barrio crece a un ritmo tan vertiginoso, todas las semanas renueva su público.

Los Gutiérrez, poco a poco, cumplen con los sueños que se dijeron ese día en que se encontraron en Haedo. El barrio los respeta. Los matrimonios nuevos que van llegando a Santa Brígida les piden consejos. Los hombres se acercan a Luis, que tiene contactos en el sindicato, para ver si les puede conseguir empleo; las mujeres buscan a Soledad porque conoce a todos, es en su casa donde se juntan a remendar ropas para llevar a la iglesia y además es ella la que cura el mal de ojos. Mentira hace de las suyas, Víctor se la pasa en silencio, guardando insectos en frascos de vidrio y dibujando pájaros en un cuaderno espiral. Dolores, en cambio,

está todo el día hablando, jugando con las muñecas, a veces saltando una soga, otras fingiendo que es una actriz famosa como esas que salen en las revistas. Todos los domingos, continúa el rito de los asados. A veces son tantos los invitados, que deben improvisar una larga mesa en la vereda con tablones y caballetes.

Palo saca una botella de ginebra de la alacena bajo la mirada del oficial, que se apiada de la situación y que va a esperar unos minutos para seguir interrogando a Mentira. Bebe le pregunta si está bien y mira de reojo al policía que está parado observándolos de mal modo. Palo sirve tres vasos y agacha la mirada. Desde la cocina, que queda atrás de la casa, ya no se oye el murmullo de los vecinos que se agruparon en la puerta. Mentira, en absoluto

silencio, se concentra en el mantel de plástico de la mesa, y pasa su dedo índice por una de las líneas que allí están dibujadas. No puede sacarse la imagen de su padre muerto y tiene tantas preguntas que hacer, que no pregunta nada. Bebe piensa qué decir pero no se le ocurre ninguna palabra que considere precisa. En cambio, se pone a recordar el día en que conoció a Mentira, diez años antes, en un campeonato en la cancha del bajo. Era domingo y le llamaba la atención que alguien de su misma edad en vez de alcanzar pelotas o hacer mandados para quedarse con las monedas de vuelto, se sentara en un costado con una libreta a anotar cosas. Bebe, que no pudo contener su curiosidad, se acercó a preguntarle qué escribía. Mentira, sin levantar la vista de la hoja donde volcaba números y letras, le dijo que era corresponsal de un

diario y que, como periodista, debía cubrir los torneos que no eran profesionales para una nueva sección de la parte deportiva próxima a salir en los meses venideros. Bebe creyó eso durante varias semanas hasta la tarde en que Mentira, por olvido, dejó la libreta, y pudo ver que donde supuestamente anotaba comentarios acerca de las actuaciones de los jugadores, apenas había dibujos, garabatos y algunas frases sin sentido.

Toma lo que queda en el vaso, se limpia la boca y le pregunta a Palo cómo fue. Bebe le cuenta que él venía caminado de la ruta, que pasó por casa de Palo y que en eso vio que hacia donde se encontraban ellos, iba corriendo Víctor, sin remera. Cuando lo enfrentan, él se ríe nervioso y les dice que mató a su papá, que le clavó un cuchillo en la panza. Palo le dice que al principio no

le creyeron, pero que cuando empezaron a ver que la puerta de la casa se llenaba de gente, sospecharon que tal vez lo que le había dicho Víctor era cierto. Mentira se levanta, el oficial le pregunta a dónde cree que va, y él le dice que quiere encontrar a su hermano. El policía llama al comisario, quien le pone una mano en el hombro a Mentira y le ofrece un trato: le pide que convenza a su hermano de entregarse y así ven de qué modo caratular la causa. De lo contrario, si no aparece y tienen que buscarlo ellos, en donde lo encuentran, lo matan como a un perro. Le da tiempo hasta la medianoche.

Mentira recorre la ciudad en busca de empleo. Le gustaría encontrar algo tranquilo como lo que hacía en el club de Bella Vista, pero esta vez está dispuesto a bajar sus pretensiones. Todo

sea por Graciela. Pasa por una escribanía en cuya puerta se lee un cartel que dice que se busca cadete. Mentira, entra al local, se presenta, dice que estudia ciencias económicas, que los padres lo enviaron a Tucumán para que conociera el interior del país, que le pagan un departamento y religiosamente le pasan una pensión, que su familia, los Gutiérrez, son propietarios de grandes curtiembres al oeste del Gran Buenos Aires, pero que a él no le gusta tanta comodidad y desearía ganar su propio dinero, para empezar a foguearse y probar las dulces mieles de la independencia. El encargado de la escribanía queda impresionado y contrata a Mentira. Le dice que puede empezar mañana mismo. Al salir del local, decide festejar bebiendo una cerveza. Como quedó con Graciela que iría a buscarla a la salida de la facultad

más tarde, tiene tiempo. Entra a una confitería sobre la avenida principal, lo atiende un mozo viejo que ni bien le entrega la carta, advierte que Mentira no es de allí, y le pregunta si es porteño. Como el instinto y la costumbre son credenciales sumamente difíciles de obviar, Mentira dice que no, que en realidad es de Río Negro, de un pueblo cercano a Bariloche, pero que pasó varios veranos en Buenos Aires debido a que su abuelo, que representaba artistas, entre ellos Julio Sosa, solía llevarlo todos los años a su casa de Almagro. El mozo le dice que, pese a respetar al varón del tango, su cantor preferido es Roberto Goyeneche. Mentira asiente poco convencido, y pide una cerveza bien fría sin especificar marca.

El bar es grande, tiene unas cuarenta mesas distribuidas de forma anárquica. En las paredes hay publicidades de

ginebras, afiches de viejas películas y algunos cuadros de paisajes de artistas plásticos locales. Mentira observa a los otros clientes que hay a su alrededor, y saborea el primer sorbo de cerveza. Justo cuando limpia la estela de espuma que queda sobre su labio superior, un fuerte temblor sacude los vidrios del bar. Los mozos van hasta la puerta y Mentira ve por las ventanas cómo varias personas se juntan en la vereda. Alguien informa que un grupo de subversivos puso una bomba en el banco de la provincia.

Vuelve a llover y el barrio de Santa Brígida se preocupa por la altura del agua en el dique. Los bomberos aseguraron que sería muy difícil que se produzcan inundaciones, sin embargo, Luis Gutiérrez, que tiene experiencia en interpretar las variantes meteoroló-

gicas, decide tomar precauciones. Llama a Mentira y lo manda al mercado a comprar productos enlatados, arroz, fideos, velas, fósforos. Con materiales para la construcción que le quedaron de las últimas reformas que hizo en su casa, Luis Gutiérrez, junto a algunos vecinos, se pone a edificar una pieza en su terraza. La losa es amplia y fuerte, ya que en un principio fue pensada para que pueda resistir dos plantas más. En pocos días la construcción está concluida. Pese a los vientos de la tormenta y la humedad por la que el cemento tardó un poco más de la cuenta en secarse, el rectángulo ya edificado, sin divisiones interiores, está listo. Se ve fuerte y se nota que fue pensado como un refugio. Justo la noche después de que la obra llega a su fin, recrudece el temporal y las precipitaciones se intensifican. El dique se desborda y

el agua llega al barrio. En unas pocas horas las casas linderas son abandonadas. Al día siguiente, la mayoría de las familias deben dejar Santa Brígida porque el agua alcanza niveles históricos. Muchos se refugian en la escuela de la ruta, otros van hacia las casas de parientes. Sólo unos pocos vecinos deciden quedarse por miedo a los robos, entre ellos, Luis Gutiérrez, quien alberga en su terraza a casi cincuenta personas. Como en los barcos cuando empiezan a hundirse, las mujeres y los niños son los primeros que habitan la pieza construida para tal fin. El resto se resguarda debajo de unos tablones o en carpas improvisadas con lona. El diluvio cesa, pero para que las aguas bajen pasarán varias semanas, siempre y cuando no vuelva a llover. Luis Gutiérrez ordena cómo administrar las provisiones y organiza comandos de

seguridad para que, en botes hechos con tablones y gomas de ruedas de camiones, recorran las calles ahora convertidas en canales.

Los días se hacen eternos. Las mujeres cocinan y se ocupan de sus hijos. Los chicos ayudan a fabricar nuevas balsas y los hombres poco diestros para las actividades manuales juegan a las cartas. Al atardecer, cuando empieza a irse la luz del día, todos menos aquellos que están de guardia, tratan de dormirse. Las velas son escasas y deben usarse sólo si es necesario. Nadie puede asegurar cuánto tiempo más deberán seguir así.

Habla con su madre. Soledad le pide por favor que encuentre a Víctor. Sale de su casa y avanza entre los vecinos ignorando las condolencias que recibe. Camina rápido porque no hay mucho

tiempo. Por lo que le dijeron Bebe y Palo, sabe que fue para la ruta. Mentira corre. Cuando llega a la calle Zapiola, cruza a alguien que le dice que una persona se quiso tirar abajo del tren. Entonces cambia el rumbo y va hacia la estación. Al llegar allí, no encuentra nada. Apenas algunos vendedores ambulantes y un barrendero que reconoce a Mentira y le cuenta que, efectivamente, su hermano Víctor había estado en el paso a nivel, casi desnudo, acostado sobre las vías, y que justo antes de que vinieran los policías, se acercó una chica, le habló y se levantó del suelo y empezó a correr en dirección al descampado. El barrendero le cuenta que se llenó de gente tratando de sacarlo de ahí, pero que Víctor gritaba que lo dejen, que quería morirse. Mentira agradece la información pero no dice nada más. Sabe que para llegar a su hermano primero tiene que encontrar a esa

chica que le habló, Susana. Otra no pudo haber sido. Y ella tiene que saber dónde se esconde Víctor.

Se sube a un colectivo. Como no tiene dinero encima, le pide que por favor lo lleve, que son unas pocas cuadras nomás. El chofer acepta el pedido y Mentira se para al lado suyo, como si de esa forma fuera a llegar más rápido. Pasan unos minutos y alcanza su destino. Susana vive cerca del dique, y Mentira fue a su casa apenas un par de veces, siempre para buscar a su hermano menor que pasaba horas y horas jugando con ella. Susana conoció a Víctor en la escuela y lo llamaba bicho por la fascinación que este tenía con los insectos y el fervoroso orden con que los coleccionaba.

Todas las casas del barrio son similares pero la de Susana se distingue por la cantidad de perros que custodia su

entrada. Mentira advierte que la vivienda de la esquina está infectada de animales. Se acerca y aplaude. No contesta nadie. Aplaude más fuerte y ahí sale Susana que, sin mediar palabra alguna, le da un papel de parte de Víctor. Mentira lee rápidamente. El mensaje dice que lo espera en los quinchos del parque municipal ni bien oscurezca del todo. Cuando deja el barrio sin siquiera despedirse de Susana, Mentira nota que ya encendieron los reflectores del dique, que las luces en los postes comienzan a parpadear, que es de noche en Santa Brígida.

Pide la cuenta, paga, deja unas monedas de propina. Toma la campera que dejó en el respaldo de la silla y sale del bar. En la puerta todavía hay algunos mozos mirando hacia la otra cuadra. Entre la gente que, presa de su

curiosidad, se detiene a ver el espectáculo y los soldados que piden que circulen, Mentira camina despreocupado. Parece que ni los patrulleros ni el tanque que en este momento pasa al lado suyo es lo suficientemente interesante como para que lo observe. Sí, en cambio, mira las vidrieras de los locales. Primero contempla la zapatería, luego el bazar, más tarde la tienda de libros. El aire se llena con el polvo de la explosión en el banco. La onda expansiva ha arrojado restos de madera, metal y cemento hasta la vereda de enfrente. Unos enfermeros llevan heridos de gravedad en sus camillas hasta la ambulancia. Policías toman datos que aportan testigos poco convencidos de lo que están diciendo. Mentira da vuelta en la esquina y pasa por la plaza. Se sienta, compra algo para darle de comer a las palomas, disfruta del sol del

mediodía. Todavía le quedan varias horas hasta el encuentro con Graciela.

Las palomas rodean a Mentira. Son de un gris algo extraño y en sus cuellos hay manchas fosforescentes. La plaza está casi vacía. Los juegos son ocupados por el viento y los edificios que la acorralan permanecen callados. Mentira, que ahora con empleo sí puede gastar en pasajes, va hacia las paradas de colectivos. Toma el ciento catorce, cartel amarillo. Se ubica atrás, en el fondo, y observa una inscripción en el respaldo del asiento de adelante. No está seguro pero parecen tres letras dentro de una estrella.

El pronóstico anuncia nuevas lluvias pero los vecinos de Santa Brígida, aún con la garantía de que personal de gendarmería nacional va cuidar sus cosas, no quieren irse. Luis Gutiérrez es el

portavoz, el que negocia con las autoridades y el que, ante alguna indecisión, resuelve por el resto. Sus años al frente del sindicato de trabajadores de gas del estado han entrenado su oratoria y liderazgo. Además, por el tiempo que lleva viviendo allí, su opinión tiene un peso particular y nada puede solucionarse sin su intervención. Defensa Civil manda cada dos días agua mineral, medicamentos y frazadas. Cada semana un helicóptero arroja provisiones a las casas más cercanas al dique, donde muchas personas, siguiendo el ejemplo de Luis Gutiérrez, han improvisado refugios arriba de sus hogares. Sin embargo, su terraza sigue siendo el lugar estratégico, el que, sin que ellos lo sepan, es filmado por los móviles de exteriores del noticiero central. Soledad se encarga de la cocina. Prepara grandes ollas a las brasas y sabe las proporciones exactas

que debe poner de cada ingrediente. Las mujeres más jóvenes la miran y aprenden. Los chicos, ya vencidos por el aburrimiento extremo que supone el cautiverio prolongado, se entretienen con las historias que les cuenta Mentira. Víctor, por su parte, desde la escalera de la terraza, intenta pescar. Trata de estar todo el tiempo allí porque notó que entre la gente que vino a refugiarse a su casa hay una compañera de su escuela. Cree que se llama Susana y tiene miedo de que intente hablarle. Él se siente mucho más cómodo estando solo, analizando las partículas de la tierra o guardando grillos en sus frascos de vidrio. A veces, Dolores, se ve atraída por esos seres que junta su hermano como si fueran monedas viejas, entonces se ofrece para buscar nuevos recipientes, limpiarlos y dejárselos listos para nuevas adquisiciones.

El agua que cubre Santa Brígida parece renovarse a cada instante. Las patrullas que recorren sus calles, a menudo, encuentran cadáveres de perros flotando en la corriente. Las copas de los árboles son como cabezas que respiran. El tiempo, inmóvil, se niega a transcurrir y los vecinos deben seguir soportando el hacinamiento, la estadía abúlica, el frío de la llovizna, las consecuencias de la intemperie.

Vuelve del barrio del dique. Camina hacia la ruta y escucha una bocina que, insistente, quiere llamar su atención. Son Bebe y Palo en una camioneta vieja. Mentira se pregunta de dónde la habrán sacado pero no hay tiempo para averiguar eso. Se sube y les pide que lo lleven al parque municipal. Es de noche y hace frío. De todos modos, baja la ventanilla. Hay mucho tránsito y

ningún atajo para llegar antes. Mentira mira su reloj. El vehículo se detiene en el embotellamiento permanente. Bebe indaga acerca del paradero de Víctor mientras que Palo insulta para ver si el acto de hablar puede influenciar en la movilidad de los demás autos. Por el ocaso del feriado, la hilera es interminable. Es tanto el tráfico, que los controles del ejército dejan circular sin problemas. Cuando llegan al paso a nivel, un patrullero en la banquina les hace luces para que salgan del carril y se detengan. Palo obedece y apaga el motor de la camioneta. Se acerca un oficial a la ventanilla y le dice a Mentira que ya saben dónde está su hermano, que si él no hace que se entregue, van a ir a buscarlo ellos, y le recuerda que el comisario lo quiere para la medianoche. Mentira, que siempre odió a los policías y a cualquier tipo de au-

toridad, le agradece y le dice que se tranquilice, que él, personalmente, va a llevar a Víctor al destacamento.

Encienden la camioneta y continúan el viaje. Llegan. Mentira les dice a sus amigos que se vayan, que él se arregla. Entonces camina de forma disimulada por la calle que da a las canchas. Salta el alambrado, cruza la zona de piletas y se topa con los quinchos. Piensa que es increíble que allí mismo algunas horas antes hubiera tanta gente. Las luces están apagadas pero la noche es tan clara que, por el reflejo de la luna nueva, puede ver algo. De repente, alguien le habla desde sus espaldas. Mentira se da vuelta y reconoce la silueta de Víctor, sentado en una mesa de hormigón armado. Se acerca a él, lo abraza, lloran. El viento mueve las ramas. El crujir de las hojas secas se confunde con el sonido de los grillos. Mentira le

ofrece un cigarrillo a su hermano, que cuando lo toma con sus dedos no puede tenerlo un segundo quieto. Víctor, todavía semi desnudo, aún tiembla.

En la puerta de la facultad, al lado de una librería, él se sienta a esperar a Graciela. Pese a que quedaron en salir con un amigo de ella, Mentira quiere darle las buenas nuevas, contarle cómo consiguió trabajo, cambiar de planes e ir a festejar. Pero nada de eso puede ocurrir porque Graciela, que se destaca en la multitud por el modo en que camina, sus caderas y el brillo de su pelo, va a su encuentro con un compañero. Se lo presenta y Mentira ensaya su mejor cara de felicidad. Van a ir a cenar a su casa. Se llama Lucas y vive en las afueras de la ciudad. Por suerte tiene auto y la distancia no parece mucha. Graciela abraza a Mentira que, como ella comen-

zó a hablar de las internas de la universidad, se mantiene en silencio todo el viaje. Llegan al barrio, entran a la casa, estacionan el auto. Ni bien ingresan, Lucas baja las persianas y pone música en el toca discos. Lo que se oye es un cantante acompañado por una guitarra. Mentira no pregunta quién es.

Se sientan a comer. Mentira considera que el exquisito sabor de lo degustado justificó con creces la postergación de su festejo a solas con Graciela. Cuando Lucas sirve el postre y ya han establecido las diferencias entre Buenos Aires y Tucumán, sus posturas frente al amor libre, la venta de pastillas anticonceptivas, la familia, el matrimonio, los hijos y los modelos de felicidad, comienzan a hablar de política. Mentira sigue atento las palabras que se dicen, el tono de las frases, el poder de convencimiento de cada uno. Pero

toda la conversación se detiene cuando oye algo que sólo escuchó de boca de algunas personas pero que nunca creyó ciertas. Mentira, más por su deseo de no permanecer al margen que por lo que llegaran a decirle, la mira a Graciela y le cuenta de la sigla que leyó en un colectivo esa misma tarde. Lucas le dice que ese es un grupo guerrillero, que está instalado en el monte, preparándose, esperando el momento justo para hacer la revolución. Son células armadas que, en medio del cañaveral, planifican la instauración de un gobierno socialista.

Cinco semanas luego de la inundación, el agua comienza a bajar. Ayudan los días soleados y unos grandes tubos de desagüe que puso la municipalidad en las adyacencias del dique. Cuando las calles recobran su aspecto original,

el azul del asfalto parece haber perdido color. Ropa, cartones, animales muertos, basura, fotografías, objetos. Todo sale a la luz mientras los vecinos retornan a sus casas y tratan de diferenciar lo que sirve de lo que no, pero la mayoría de las cosas se pierden. Los muebles están podridos, los papeles deshechos, las ropas desteñidas. El gobierno, desde los noticieros, promete subsidios.

Luís Gutiérrez vuelve a sus obligaciones. Lo primero que hace es pasar por el sindicato, verificar que los subsidios a los damnificados por la inundación estén en marcha. Allí, Ernesto Pérez, el tesorero, le pide que antes de irse vaya un instante a administración. Gutiérrez hace sus diligencias, realiza algunos llamados, se encuentra con el intendente y cuando está por emprender el regreso a su casa, recuerda el

recado de Pérez. Va al segundo piso, saluda a sus compañeros y, de repente, la ve. Se llama Leonor y, por las facciones de su cara, debe ser dos o tres años más grande que Gustavo, sin embargo su cuerpo, el modo en que camina y lleva ese pila de carpetas, hacen que detenga su mirada sobre ella. Gutiérrez le pregunta a Pérez por la chica nueva, y es ahí que se entera de que es la nueva secretaria de Mendieta, que es la sobrina de uno de los vocales de la comisión, que todos quisieron tirársele encima pero que nadie tuvo suerte. Luís Gutiérrez no pierde el tiempo y la invita a tomar un café. Leonor, instintivamente, quiere rechazar la propuesta, pero hay algo en Gutiérrez que la confunde y moviliza. Ciertos rasgos de hombre fuerte y bravo que se corresponden a la perfección con todo lo que siempre le dijeron que debe tener

un esposo. Ella ignora que Gutiérrez es casado y tiene tres hijos. Y aunque lo supiera, no le importaría, la simple idea de fantasear con un hombre como él, la seduce y vuelve vulnerable.

Esa misma tarde se encuentran en una confitería que queda bastante lejos del sindicato. A Leonor le gusta el plan por el simple hecho de no mezclar los tantos. Sabe que en los trabajos no están bien vistas las relaciones. Una vez sentados, conversan acerca de trivialidades. Ella, exuberante y con fingida inocencia, cruza las piernas. Apoya parte de su rostro en una mano mientras que con la otra disuelve el azúcar que vertió en la taza. Y cuando el tema de diálogo se pone profundo, Gutiérrez, sin más razones que la de experimentar una atracción casi primitiva, se abstrae de ese espacio para paladear y contener los impulsos de su deseo.

Es incapaz de sospechar, ni siquiera en su proyección más inverosímil, que ese café va sellar su destino fatal, el inexorable camino hacia la sombra.

El Parque Municipal, que se alza sobre hectáreas cedidas por un empresario del transporte cuya planta de logística se vio favorecida por la adjudicación de la concesión de diversas tareas para el gobierno provincial, en la noche, es una postal desierta. Hay apenas cuatro vigilantes para miles de metros cuadrados. Uno está en la puerta, otro revisa las canchas desde un mirador y dos recorren permanentemente la zona de piletas y vestuarios. Sin embargo, cada hora se juntan en la entrada para beber algo, jugar a las cartas o mirar televisión. Incluso, si hace mucho frío, suben la intensidad de las estufas y se acuestan a dormir

sobre colchonetas que alguno de ellos retira del depósito.

La jornada ha sido larga y tienen que estar atentos, ya que al otro día, a primera hora, personal de limpieza debe dejar las instalaciones impecables. Como siempre sucede, los fines de semana o, como este caso, los feriados, la concentración de gente deja una gran cantidad de desperdicios. Ninguno imagina que, en los quinchos, los hermanos Gutiérrez pronto discutirán los pasos a seguir.

Víctor le pide perdón a Mentira, quien le dice que no hay tiempo para eso, que después hablarán. Lo importante es que se entregue antes de la medianoche y pensar su declaración. Pero para eso debe tranquilizarse. Mentira cree que tal vez sea mejor pasar por casa de Susana. Ella es la única persona que, además de él, conoce a su

hermano y sabe cómo piensa. Además tiene que darse un baño, vestirse, comer algo. El problema es cómo llegar al barrio del dique. A la noche se duplican los controles y el ejército suele desplegar sus brigadas de tareas que pueden irrumpir en cualquier parte. Mentira, que ya pensó un plan, se saca la campera y se la da a Víctor. Se levantan de la mesa, pasan por las parrillas, y se pierden en el sendero oscuro que los lleva hacia la zona en que las canchas limitan con el arroyo. Saltan el alambrado. Las ráfagas de viento ganan intensidad y la luna se llena de agua. Víctor comienza a serenarse mientras sus pies se hunden en la tierra húmeda y Mentira apura el paso. El camino es irregular. Deben esquivar bolsas de residuos, grandes trozos de adoquines, algunas ratas. A lo lejos, apenas se escucha el ruido de los autos

que, todavía, invaden la ruta en ambos sentidos.

Vuelven de la casa de Lucas en un taxi que, en esa provincia, son celestes. Mentira trata de descifrar el significado de varias palabras que oyó esa noche. El camino es empinado. A esa hora sólo transitan camiones acoplados, patrulleros, algunos tanques. La noche, en el valle, es más oscura y penetrante. La ciudad, los destellos que la hacen respirar, la hacen parecer una mancha en medio de la nada. La gente seguramente duerme en sus casas, y Mentira piensa en Santa Brígida. Se pregunta cómo le estará yendo a Bebe en la fábrica de vidrios, si ya habrá conseguido novia. También se le aparece la imagen de Palo, que a esa hora, probablemente, estaría en Tegucigalpa, el único bar que permanecía abierto en

las afueras de su ciudad. Allí solían ir a tomar algo, jugar al billar y conocer chicas. Mentira y sus amigos siempre se las ingeniaban para no pagar nada y disfrutar todo, provocar peleas y salir ilesos, sin ningún tipo de rasguño. Ahora también recuerda que fue en ese lugar la noche de lluvia en que se apareció Luis Gutiérrez, quien, ebrio y a los gritos, le pidió que saliera de allí. Mentira, por vergüenza, accedió al pedido sin objeción alguna, y su padre le dio un sobre con dinero y le ordenó un mandado. Gutiérrez le preguntó si había entendido y como Mentira no asintió con la velocidad correspondiente, le dio un fuerte golpe de puño en el estómago. Algo en él le impedía reaccionar, así que, tomándose el abdomen con los dos brazos, Mentira empezó a correr debajo del agua para realizar la dirigencia. Lo bueno de la lluvia, hela-

da y punzante, era que le permitía llorar sin que nadie pudiera notarlo.

Cuando se encuentra cerca de la pensión, Graciela le pregunta si se siente bien. Mentira dice que sí. Y el taxista les recomienda que no anden tan tarde por la calle, que no vaya a ser que les pase algo. Que está lleno de subversivos matando personas inocentes y lo mejor, pese a que sean jóvenes, es quedarse en casa, tranquilos.

Por alguna razón, Mentira comienza a pensar el origen de todo, la forma en que se dieron las cosas, lo no resuelto. Piensa en cuando su padre comenzó a verse con Leonor, en esos primeros días en que parecía que sólo se trataba de una aventura, y que lentamente fue teniendo más protagonismo en la vida a Gutiérrez. Mentira recuerda a la perfección la noche que su padre llegó

tan borracho que a duras penas se podía mantener en pie. Ese domingo les dijo a Mentira, a Víctor y a Dolores que iban a tener un nuevo hermano. Gutiérrez se reía a carcajadas, y Soledad lo increpó, y fue entonces cuando le pegó por primera vez. Fue un golpe de puño en la cara. Sin embargo, lejos de amedrentarse, Luís Gutiérrez se sacó el cinturón de cuero negro que siempre usaba y comenzó a azotar duramente a su esposa mientras los chicos gritaban. Mentira salió corriendo a buscar ayuda, pero cuando regresó a su casa con un vecino, su madre negó todo y dijo que apenas había discutido con su esposo, que no pasaba nada. Fueron años así, de ver al padre siempre con olor a alcohol, golpeando a Soledad y haciendo sufrir a sus hermanos más chicos. Años enteros de no comprender la pasividad de su madre y sin te-

ner la más mínima idea de qué hacer para cambiar algo, de que sus vidas, al menos, parecieran otra cosa.

Ahora está con su hermano prófugo, atrás queda el parque municipal. Cruzan la ruta vieja, y pasan por unos grandes tubos de desagüe infectados de mosquitos. Víctor va delante, y al notar la situación que está viviendo, Mentira toma conciencia del peligro que corre. Entonces piensa en Graciela, en su vuelta a Santa Brígida, en los casi tres años que pudo sobrevivir sin trabajar, haciendo changas, aprovechando oportunidades. Camina, rememora cada detalle, los olores, los lugares que pisó, los amigos que dejaron de hablarle, los rumores que corrieron cuando regresó. Víctor apura su marcha y Mentira necesita buscar la forma de que su hermano llegue al destacamento antes de la medianoche.

Entran a la pieza. Graciela va al baño, se desviste y vuelve a la cama. Mentira, la espera silbando la melodía de un tango que Graciela reconoce inmediatamente y cuya letra dice que alguien tiene ganas de llorar en una tarde gris. Apaga la luz y se arroja encima de Mentira, que primero intenta fingir desinterés. Pero su puesta en escena dura muy poco y comienza a besar a Graciela, a tocar su cuerpo con el mismo deseo con que la amó desde la primera vez que logró convencerla de ir al departamento que le prestó un amigo. Al igual que esa tarde, Mentira siente un brote de electricidad en su sangre, acaso que el corazón se encuentra a punto de colapsar. Se enredan sus piernas junto a las de Graciela y ya es imposible distinguir donde comienza la anatomía de uno y termina la del otro, Mentira recuerda lo que recuerda cada

vez que se entrega a los enjambres del amor: que todos los poetas del tango son capaces de escribir semejantes letras porque pierden la posibilidad de experimentar eso que él está viviendo, que justifica todo, y que le da sentido a cada cosa.

Luego de amarse, y aunque agotados, presos de un cansancio que les cierra los ojos, ambos miran el techo sin poder dormirse. En algún momento, Graciela le confiesa que se muere por comer algo dulce. Mentira le dice que es tarde, que ya está todo cerrado. Pero se levanta de la cama y se viste. Graciela le dice que se quede, pero Mentira desobedece y sale de la habitación. Sabe que la confitería de la otra cuadra permanece abierta hasta entrada la madrugada, y que seguro allí podrá conseguir caramelos o algún chocolate.

Abandona la pensión, llega al destino previsto, conversa con los mozos y adquiere lo que fue a buscar. La acción no dura más que unos cuantos minutos. Pero cuando regresa, ve que en la puerta hay dos autos. Entonces aminora el paso y nota que hay cuatro personas armadas en la puerta de la pensión. En eso escucha los gritos de una mujer: es Graciela que es arrastrada por un hombre delgado, con lentes y bigotes que la lleva de los pelos, semidesnuda. Mentira amaga a correr pero alguien lo detiene con fuerza y lo lleva hasta detrás de un árbol. El desconocido le hace un gesto para que haga silencio. Los autos arrancan y se marchan de la calle, probablemente, dejando la huella de sus neumáticos. El extraño que salva a Mentira es Lucas. Le dice que alguien de la facultad dio una lista, que allí figuraba Gra-

ciela, pero que no se preocupe, que seguro su padre podía sacarla. Lucas le habla de un modo tan convincente que a Mentira no le queda otra opción que creerle. Sin embargo, antes de que Lucas sea recogido por una camioneta de reparto de productos lácteos, le informa a Mentira que él también estaba en esa lista, que quizá le conviene irse en el primer micro que salga. Preso del terror, Mentira emprende su regreso.

Caminan sin hablar, midiendo sus pasos para no lastimar ni caerse en el barro oscuro que rodea al arroyo. Antiguamente, esas aguas fueron puras, casi cristalinas, limpias. Tanto que a lo largo de sus costas se montaban grandes balnearios que se llenaban de gente los fines de semana. Incluso era normal ver pasear al General Perón en su lancha con motor fuera de borda.

Mentira quiere hablar, pero como sabe que cuando lo haga su hermano mirará hacia abajo y él tendrá que reponer las respuestas, se queda en silencio y se concentra en su andar. Caminan varios minutos, hasta que Víctor le dice que pueden ir a lo de Susana. Mentira le dice que no, que tiene que entregarse, que además allí, seguramente está lleno de policías esperándolo. Víctor se detiene, toma a Mentira del hombro y le confiesa lo que su hermano ya intuye: no quiere ir a la cárcel, no quiere pasar su vida encerrado entre cuatro paredes por algo que fue justo hacer. Mentira le explica que es muy probable que pueda aclararse todo, y que tal vez exista otra alternativa. Víctor rompe en llanto y le pide que por favor lo ayude. Mentira, que toda la vida siempre tuvo algo que decir, de repente se queda sin palabras, acaricia

a su hermano y fija su vista en la profundidad de la noche, justo en esa parte del oscuro paisaje que, a medida en que se internan en el arroyo, se vuelve más penetrante. No sabe muy bien hacia dónde, pero algo en él provocado por el estado de Víctor, le da fuerzas. Y ya sin el cuidado con que se lanzaron a andar por los bordes del río, apuran su paso, corren. Se trastabillan, llenan sus pies de barro, por momentos se tropiezan y hunden sus pies en el agua putrefacta. Los hermanos huyen a toda prisa sin rumbo cierto, sin destino posible. Porque quizá, para algunas personas, el destino es justamente ese, seguir la marcha de manera automática no porque lo corran los demás sino porque cada vez que quisieron permanecer en un sitio, algo las hizo alejarse.

Y cuando se aproximan al puente por el que pasa el tren, al de la explanada

donde tantas veces fueron a pasar el día, notan las luces de los reflectores y escuchan la voz entrecortada de un oficial que por un megáfono les ordena que se detengan. Los hermanos Gutiérrez, por un instante, sorprendidos, quedan petrificados. Pero no levantan las manos, ni experimentan miedo. El oficial les sigue diciendo cosas que ellos ya no oyen. Curiosamente, se sienten libres. En sus ojos se vislumbra la reconfortante emoción de haberse quitado las cadenas, un peso que por siempre los hizo arrastrar sus pies.

Mentira mira a Víctor, que hace una mueca parecida a un gesto de felicidad. Se dicen algo, y vuelven a correr mientras los disparos se calcan en el agua como cuando llueve y del cielo, fugaces, caen las primeras gotas.

ACERCA DE MÍ

Justo el año en que las Islas Malvinas empezaron a ser parte de nosotros, y casi cuarenta y siete meses antes del gol más extraordinario de la historia de los mundiales, en Morón, Buenos Aires (el oeste, donde está el agite), llegué un mediodía de agosto. Crecí en un barrio humilde, jugando a la pelota y escapándole a la oscuridad, algo que siempre me dio mucho miedo.

Aunque hice el secundario en una escuela técnica y obtuve el título de Maestro Mayor de Obras, terminé cur-

sando la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires y realizando talleres literarios con Alejandra Bargo, Andi Nachón y Osvaldo Bossi.

Hoy, enseño, coordino grupos de escritura creativa, colaboro en varias publicaciones, y me dedico a la gestión cultural en la Municipalidad de Hurlingham.

Con diversa suerte, presenté las obras de teatro: *Digamos que Julio* (2004), *Quienes verán oscurecer* (2005) y *Flores para dos mujeres solas* (2007); y publiqué los libros de poesía *Brillantina* (2006), *La farsa de las mariposas* (2010) y *Las centellas* (2012).

El resto de mi vida está ocupado por La Difusa, banda de rock que integro y en la que puedo compartir con amigos mi pasión por la música.

Hablo mucho, soy curioso, jamás viajé en avión y cuando voy al casino

con mi papá, nunca puedo retirarme a tiempo. Estoy convencido del valor de las palabras, de que el arte transforma y de que vivir sólo cuesta vida. Por eso trato de llegar a la noche con la certeza de haber hecho algo, lo que sea, capaz de justificar este rato que nos toca.

ARTE DE TAPA

Aimé Pastorino

"Abrochadora MIT". Objeto (acrílico sobre madera).
6 x 9 x19 cms. 2009.

Nací en El Bolsón, Río Negro, en 1982. Egresé del CPASI en 2000 como Maestra Nacional de Dibujo y luego del IUNA como Licenciada en Artes Visuales con orientación en Grabado y Arte Impreso (2006). Trabajo como docente de la Universidad de Buenos Aires. Participé en la residencia Blumen (Leipzig, 2011) a la que fui invitada por el colectivo de artistas Pallati; y en el Proyecto

Bicente (2010), proyecto autogestionado que contó con el apoyo del FNA y la UBA. Mis muestras individuales fueron: *Banda sonora* (Naranja Verde, 2013); *Lo que está en Boga* (FM La Tribu, 2013) y *Progreso* (Galería Proyecto A, 2010). Participé de las siguientes exposiciones colectivas: *Lo contrario de la magia* (Malba, 2014); Über den inhalt der zeit (Kunstverein Leipzig, 2012); *Proyecto Bicente* (C.C.M. Haroldo Conti y Museo Regional de Pintura "J. A. Terry de Tilcara", 2010/2011); *Curriculum Cero* (Ruth Benzacar, 2010); *Paraíso industrial* (Fundación Apolo, 2008); *Jóvenes pintores* (Galería Isidro Miranda, 2008) y *Estudio abierto centro* (Palacio de Correos, 2006).

Recibí el Segundo Premio en el Salón Nacional de Rosario (2013) y el Primer Premio Proyecto A (7ª ed., 2008).

La **Exposición de la actual narrativa rioplatense** fue, entre 2013 y 2014, una colección de libros de bolsillo, coeditada por El 8vo. loco ediciones, Milena Caserola y Alto Pogo. Proyecto libre y autogestivo, llegó a sumar cuarenta títulos originales que circularon de mano en mano y de boca en boca, sin isbn ni institucionalización alguna.

A partir de 2016, sus títulos vuelven al ruedo, de la mano de El 8vo. loco, sello abocado a salvaguardar el espíritu del proyecto original.

Todos los títulos de la **Expo** pueden ser leídos y descargados de manera gratuita de la *web* de la editorial.

ISAAC CASTRO

LA NOCHE INMÓVIL

La tarde se encuentra en trance, como si acaso no pudiera decidir el color del crepúsculo. El ambiente está pesado, húmedo. Los días feriados, lejos de ser jornadas de conmemoración o festejo, para la gente son fechas rojas en el almanaque, que comienzan a repetirse sin disfrute, como casi todas las cosas de la vida.

Arte de tapa: Aimé Pastorino, "Abrochadora MIT" (2009)

WWW.ELBVOLOCO.COM.AR

EL 8vo. LOCO